

pobres gentes, para quien los dioses nacen, como las cebollas, en los huertos; la libertad de sus almas con la servidumbre pagana; el amor á sus enemigos con el odio que reina entre sus enemigos; su santa igualdad con las rivalidades de clases privilegiadas; sus oraciones por los mismos que los persiguen, con el potro y el tormento y las hogueras, y los medios inicuos de que los paganos se valen para sostener sus vencidos dioses; palabras elocuentes que son la defensa mas pura que han oido los hombres de la inviolabilidad de la conciencia humana; palabras que aterran al imperio de los Césares mas profundamente aún que la espada de los bárbaros; palabras que despues de quince siglos vienen á caer como lluvia de plomo derretido sobre los continuadores del paganismo, sobre los que han manchado de sangre la blanca túnica de la religion de los mártires, y han querido oscurecer su divina idea, toda caridad, todo amor, en el humo de las hogueras que debieron apagar para siempre las benéficas y divinas lágrimas de Cristo. (Aplausos.)

De suerte, señores, que en este tiempo la Iglesia pedia principalmente libertad. Este era su grito, este el clamor universal de todos sus hijos. No aspiraba, no, á un dominio transitorio en el mundo; aspiraba á penetrar en la conciencia, y sabia que solamente le era dado penetrar por medio de la libertad. El cristianismo era la religion del espíritu como el paganismo fué la religion del Estado. El cristianismo, pues, tenia sus instituciones, sus leyes, su autoridad peculiar y propia; pero ni su autoridad, ni su reino eran de este mundo. Así, no ejercia coaccion alguna para atraerse prosélitos, ni para disciplinarlos, ni para guardarse de las asechanzas de sus enemigos. Sus leyes estaban escritas en la conciencia, su espada era la palabra, el único medio que para triunfar tenia, la libertad. Todos los padres de la Iglesia en este tiempo de lucha proclamaban el principio del respeto debido á la conciencia en su comunicacion íntima con Dios. Todos negaban á una que el Estado tuviese derecho á forzarlos á la adoracion de sus ídolos. Todos, reconociendo la autoridad política de los Césares, desconocian su autoridad sobre el pensamiento, sobre el alma, donde solo puede reinar la conciencia, eterno resplandor de Dios en la vida. Así al mismo tiempo que elevaban la razon y el sentimiento á conocer á Dios, elevaban la conciencia á conocer sus derechos. Jamas el espíritu se ha levantado con mas fuerza, con mas vigor á reclamar su libertad, la divina libertad en cuya virtud solo reconoce sobre su conciencia la eterna jurisdiccion de Dios. No lo olvidéis, señores, no lo

olvideis, porque considerando nosotros esencialmente el cristianismo en este curso de la civilizacion, debemos ántes que todo considerar sus consecuencias sociales. Por si acaso me creyeráis preocupado, os citaré las mismas palabras de los grandes escritores cristianos de estos tiempos. "Nosotros no combatimos, decia San Justino, porque no queremos el poder de un dia. Y como nuestras esperanzas no están, no, en este mundo, ni evitamos los suplicios, ni huimos de los verdugos." Y concluia por pedir para el cristianismo la libertad, y solo la libertad de manifestar sus ideas. Orígenes condenaba aún con mayor fuerza toda coaccion material en la esfera religiosa. "Jesucristo no ha querido ganar los hombres como un tirano que los arrastra en su rebelion; ni como un ladron que pone en manos de sus compañeros las armas de la violencia; ni como un rico que compra amigos con sus riquezas; ni por ningun medio coercitivo, sino por su divina sabiduria, tan propia para unir con Dios en piedad y santidad á todos los que se acogen al amparo de sus santas leyes." Mas claramente aún está sostenida la inviolabilidad de la conciencia humana por el gran Tertuliano. "Mirad, no sea, dice en su gran discurso apologético, autorizar la falta de religion el quitarme la libertad religiosa, la eleccion de mi Dios, el no permitirme adorar lo que yo quiero para forzarme á adorar lo que no quiero. Todos los pueblos tienen sus diversos cultos; solo á nosotros está prohibida la libertad de conciencia. Ultrajamos á los romanos, cesamos de ser romanos, solo porque nuestro Dios no es adorado de los romanos." En su carta á Scapula, esclama: "*Non est religionis cogere religionem.*" Despues de estas elocuentes palabras debemos decir muy alto, sin que nadie pueda dementirnos, que la libertad es el gran principio vital de estos primeros tiempos del cristianismo. Los que creen que el cristianismo puede santificar la violencia, desconocen su doctrina; los que olvidan que elevó el espíritu humano, y la conciencia á la libertad, olvidan sus ideas fundamentales; los que son osados á creer que la religion proclamaba la libertad, cuando vencida, proscrita, esclava, se ocultaba en las Catacumbas y contaba sus victorias por sus desgracias y por sus martirios, y que vencedora renegó de estos principios con cuya virtud habia vencido, no hacen mas que poner en la religion celeste los vicios, los errores, las inconsecuencias de los hombres, cuando la religion es por su naturaleza el principio y el fundamento de toda verdadera justicia.

Pero prosigamos, señores, examinando los padres de la Iglesia en

este siglo tercero. El genio que vamos á examinar sin duda alguna es el contraste mayor que ofrecerse puede con el genio de Tertuliano. El siglo tercero pertenece á los siglos de transición. Edad angustiosa aquella en que los hombres no tienen fé para abrazar una nueva creencia, ni valor para abandonar las creencias de sus padres. A la duda sigue la superstición, á la superstición el fanatismo, y al fanatismo el vicio. Plutarco nos describe admirablemente esta terrible enfermedad de las conciencias, este rebajamiento de los caracteres en su libro inmortal de la superstición y la incredulidad. Los infelices, dice, que nada creen ni ejercitan su razón, si despiertos, ni en brazos del sueño, si duermen, porque no encuentran reposo. ¡Oh! Ya habia en este tiempo una idea donde reposar, aunque Plutarco no la conociera. Estaba Cristo, en cuyo seno podia reclinarse la humanidad su agobiada frente. Venid á mí, habia dicho ya el Salvador, y encontrareis reposo. Así muchos paganos al ver los tormentos que sufrían los adoradores de la nueva idea y su valor en esos tormentos, se convertían por la secreta fuerza de la gran virtud que propaga todas las ideas, por la fuerza del dolor. Abramos un momento el historiador cristiano de estos tiempos, Eusebio de Cesarea. Leamos algunas páginas. El nos conducirá á Alejandría. No vamos á visitar sus monumentos, sus obeliscos, las agujas de Cleopatra, ni el museo de Demetrio Falerio; vamos á entrar de noche en una humilde casa de un humilde arrabal donde habitan un maestro de retórica, recién convertido al cristianismo, y su mujer ocupada en las faenas domésticas á la lumbre del hogar. Aquel matrimonio virtuosísimo ha tenido siete hijos. El mayor de ellos apenas cuenta diez años. Es el amor, es el orgullo, es la esperanza de su padre. El niño duerme el sueño de la inocencia, con la sonrisa en los labios, con esa dulce sonrisa que es como la luz de la infancia. Su padre va á su camita, levanta la cubierta y besa el pecho de su hijo. — "¿Por qué, pregunta la madre, le besas siempre en el pecho?" — "Porque Dios me dice que ese pecho es un templo en que se prepara una habitación el Espíritu Santo." En efecto, señores, aquel niño era Orígenes. (Estrepitosos y prolongados aplausos.) Aquel niño iba á ser á un mismo tiempo el Platon y el Aristóteles del cristianismo. Hijo del mismo siglo que Tertuliano, su vida y su destino tienen grandes analogías con la vida y el destino del orador de Occidente. Cuando combate el paganismo es ortodoxo. Sus respuestas á Celso son mas sabias que el Apologético de Tertuliano, aunque ménos vigorosas. Desde luego se echa á ver que el espíritu del Oriente

se difunde por el cristianismo con la palabra de Orígenes. Su teoría de los ángeles puebla el mundo de espíritus puros que cantan como los antiguos dioses en su seno. Los ángeles vienen á ser como dioses menores que se estienden por toda la creación á sostener las criaturas; si la flor despide aroma es porque guarda el aliento del ángel en su seno; si cruza la estrella por la soledad del espacio despidiendo suaves resplandores, la guía un ángel; si el ave gorjea en la enramada sobre su nido, un ángel ha puesto el cántico en su arpada garganta; si el árbol susurra, es porque la túnica del invisible ángel ha rozado sus ramas; si todas las cosas creadas se mueven, los ángeles llevan el compás y la armonía de este movimiento, y trazan las parábolas que han de formar en lo infinito para que no choquen ni se desconcierten; porque los ángeles son como el aroma de la vida celeste que llena los espacios, como irradiaciones del pensamiento del Eterno; espíritus puros que vagan en las ondulaciones del aire, que tificen de azul los cielos, que brillan en los cambiantes del iris, en los reflejos de la luz, pues sin ellos, la creación seria como inmenso desierto entrecortado por esos oasis que se llaman astros; nada habria en el espacio que separara un mundo de otro mundo; que esos coros invisibles de ángeles que surcan á manera de la vía láctea en la soledad de lo infinito, son rayos de la luz del espíritu divino que llena y vivifica el Universo. (Aplausos.) Pero, señores, me habia dejado llevar de mi imaginación, y sin embargo, no dudo que en esa fantástica descripción de los ángeles tomada de las ideas fundamentales de Orígenes, encontréis los gérmenes de su panteísmo. Pero espongamos con método las ideas de Orígenes, cuyos errores nos convencerán de que el cristianismo, después de dos siglos no era aún bien comprendido por los primeros genios de la Iglesia. Su elocuente invectiva contra Celso defiende el cristianismo de los ataques de los filósofos, así como el Apologético de Tertuliano lo defendía de los magistrados y jurisconsultos. Celso es el viejo espíritu aristocrático de la antigua sociedad, que se desdeña de pertenecer á una religión de pobres y de esclavos, imposibilitado de creer que haya hecho el mundo el que se vió rechazado del mundo, y haya condensado las aguas el que tuvo sed, y haya sido autor de la vida el que padeció muerte, y haya derramado la luz el que perdió la luz de sus ojos; ni que deben ceder sus tronos Júpiter y Apolo, [resplandecientes de hermosura, bendecidos y adorados de los pueblos mas grandes que cuenta el mundo, al oscuro criminal, que ni siquiera colmó las esperanzas de los judíos, que vivió en la miseria y

murió en la cruz, que fué objeto de escarnio para los mismos que lo oyeron; seguido solo de gente baladi, grosera, escoria de toda sociedad, pobres fanáticos que para llamar sobre sí la atención del mundo predicaban una doctrina delirante, impracticable, ilusoria, contraria á la naturaleza humana; palabras tremendas, pero las mismas, señores, con que todos los tiranos se defienden siempre de todos los progresos en la sucesion de los siglos. (Vivos aplausos.) Estas palabras estuvieron por espacio de un siglo sin respuesta. Orígenes las contestó demostrando que la oscuridad del fundador del cristianismo es la gran prueba de su grandeza, cuando su nombre oscuro suena en el Capitolio, que la ignorancia de sus defensores ha vencido la sabiduría de los antiguos filósofos; que la humildad de los esclavos ha hecho temblar á los soberbios dioses; que aquellas doctrinas contrarias á la naturaleza humana han logrado de tal modo trasformarla, que los desiertos se pueblan de acetas y los circos de mártires, ansiosos todos de morir en la naturaleza y seguros todos de resucitar en Cristo; trasformacion maravillosísima que es el resplandor despedido por la luz del cristianismo.

Pero, señores, Orígenes creó una secta especial que fué por muchos siglos objeto de controversias y disensiones, hasta que la condenó la Iglesia en tiempo de Justiniano. La idea y el sentimiento del progreso llenan la inteligencia y el corazón del filósofo cristiano. Veamos su doctrina. Dios, siendo perfecto, solo ha podido crear criaturas perfectas, siendo bueno, solo ha podido crear seres esencialmente buenos; así es que todos fuimos creados en un día, espíritus puros, perfectos, á cuyos ojos no era la materia un velo impenetrable, en cuya vida no se mezclaba la amarga levadura del mal, en cuya inteligencia no se alzaban las sombras de la duda; pero había un límite que separaba la criatura del Creador, y ese límite era la propia libertad, y la libertad arrastró á muchas criaturas al mal; y cayeron tronchando sus alas, perdiendo su hermosura y la trasparencia de su espíritu en el cieno de la materia; pero esta caída no era irremediable, no era eterna, puesto que el mal absoluto y sin fin no existe, y el hombre conservaba en su razon un rayo de la luz divina, en su conciencia un eco de la palabra divina, en todo su sér un ósculo del amor divino; y como conjunto de todas estas señales divinas, la esperanza, que no podía ménos de ser colmada, si se atiende á la misericordia de Dios; y lo fué, y vino el Verbo, y llenó de luz el camino por donde las almas debían volver á su primitivo origen, curadas con la sangre de aquella reden-

cion que era universal, que llegaba á todos los seres, que no exceptuaba ni el insecto, ni el átomo de polvo perdido en los últimos límites de la materia, que rompía las puertas del infierno, que secaba los rios de sangre, los mares de hielos, interrumpía tantos tormentos, tantos dolores, sacaba á Satanás de su antro, le limpiaba las lágrimas caídas sobre su rostro por el odio aseado, y le devolvía sus alas que se alzaban por sí al cielo como las alas de la alondra en la efusion de su cántico matutino, siguiéndole todos los seres condenados ántes á perder la esperanza, y cielos y tierra y estrellas y planetas, y genios de los abismos, despues de haber sido secado por las raíces del árbol de la cruz el origen del mal, volvian en rauda vuelo al Eterno; saludados por los ángeles no caídos, que entonaban el hosanna infinito, y hacian resonar la eternidad con los religiosos acentos del inmenso órgano con la incomparable sinfonía de todas las cosas creadas, y celebraban, así la destruccion del mal y el abrazo eterno del Universo con su Dios. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

Señores, si en esto hay por un exceso de amor á la humanidad, errores, ¡ay! errores son de un siglo que ardia en fé, de unos hombres que vivian consagrados á la humanidad. Grandes por sus ideas, aún aparecen á nuestros ojos mas grandes por sus obras. Contemplad un momento mas conmigo á Orígenes. Engendrado en la persecucion, parido bajo el dominio del terror, criado en las desgracias de las Catacumbas, amamantado su espíritu con las lágrimas de su madre y con la sangre de los mártires, crecido al estridor de los tormentos, y entre los puñales de los verdugos, ha visto á su padre arrancado del hogar, conducido á los calabozos, quemado á su presencia, y en vez de llorar para que no desfalleciera, le ha alentado á la muerte; ha visto á su madre y á sus hermanuelos errantes por las orillas del Nilo, y no ha podido ofrecerles un pedazo de pan; ha visto á sus maestros perseguidos de cátedra en cátedra, arrastrados por las ensangrentadas arenas del Circo; ha visto las santas mujeres que le acompañaban en sus oraciones arrojadas sin respeto á su hermosura en las llamas; ha ido él mismo de Alejandría á Cesarea, de Cesarea á Jerusalem, de Jerusalem á Bithinia, siempre con el anhelo en el pecho y el sudor del viaje en la frente, hasta que los verdugos de Caracalla le han preso, lo han arrastrado al tormento, han descoyuntado sus huesos; y aquel hombre cuyo corazón es tan valiente, cuya inteligencia es tan luminosa, cuyos errores, como ha dicho San Gerónimo, nacen de su inmenso amor al bien y de su deseo de ver á Dios, y aquel hombre, ilustre des-

de la edad de diez años, para que todo sea en él extraordinario, muere la muerte de los mártires en holocausto, como todos los hombres que se han adelantado á su tiempo, en holocausto á la salvacion de la humanidad. (Estrepitosos aplausos.)

Mas los dos padres verdaderamente ortodoxos en este siglo tercero, los dos que representan todo el movimiento de las ideas, y que reproducen las dos grandes fases de la vida, son en verdad San Clemente y San Cipriano. San Clemente es de Oriente y San Cipriano de Occidente; San Clemente es la idea, San Cipriano la práctica; San Clemente es un filósofo, San Cipriano un héroe; San Clemente en el tiempo que fué pagano pasó su vida en las escuelas. San Cipriano en las orgías; San Clemente buscaba la ciencia en aquella Alejandría entrigado al duro trabajo del pensamiento, San Cipriano todos los placeres en aquella Cartago reedificada que convidaba con sus riquezas y con sus fiestas á todos los epicúreos del mundo; San Clemente se convirtió á la verdad porque la palabra elocuentísima de un cristiano le tocó en el corazon, y San Cipriano se convirtió á la verdad por el ejemplo todavía mas elocuente de un mártir; San Clemente no dejó de ser filósofo y razonó las creencias, San Cipriano tocó las delicias de los sentidos por las delicias de la oracion y del combate; San Clemente habló de Dios, de la fé, de la armonía entre la razon y la fé, de la revelacion perfecta de Dios por el Verbo y de la universalidad de la redencion, San Cipriano corrigió las costumbres, adoctrinó á los mártires, organizó la Iglesia, estableció la disciplina, movió el corazon de las madres á educar en el cristianismo á sus hijos, condenó los espectáculos sangrientos; San Clemente es el pensamiento, San Cipriano la accion; y así, cuando llegan los tiempos calamitosísimos de las persecuciones, miéntras San Clemente corre al desierto para meditar en Dios, San Cipriano corre al combate; y el padre griego muere entre los cenobitas devorado por el fuego de su pensamiento, y el padre de Occidente entre los mártires, sellando con su sangre la santidad de su doctrina. (Aplausos.)

Estamos pues, señores, en el gran período de lo que podíamos con fundamento llamar filosofia cristiana. La idea de Dios como padre del mundo, la comunicacion de la humanidad con Dios; la libertad, la perennidad de la vida son los principios fundamentales de esta gran doctrina en la cual concluyen todos los antagonismos y contradicciones de la filosofia griega. Pero la idea cristiana en su vida histórica, en su difusion por el mundo, no podia libertarse de luchar con grandes y

tremendas contradicciones, que intentaban á cada instante cerrarle el paso, detenerla en su camino á la victoria. Señores, no conozco un poema tan grande y tan maravilloso como el que forma la historia de las ideas; porque su númen es Dios, su héroe el espíritu humano, su asunto, esta lucha tremenda de la razon, mas tempestuosa que el huracan, esta vida infinita de la inteligencia, mas fecunda en varios seres que todo el Universo. Muchas veces, cuando en la callada y serena noche los ojos se pierden estáticos en la inmensidad del aciespo contemplando los resplandores de tantos luminosos astros, nuestra admiracion indudablemente menguaria si recordásemos que el débil humano cuerpo con ser tan diminuto y breve, encierra espacio mas dilatado que el cielo, mundos mas brillantes y numerosos que las estrellas, porque el espíritu es como un abismo que solo se puede llenar con lo infinito. Y, señores, no se encarecerá nunca bastante cuán tremendas son estas luchas de las ideas que Dios ha impuesto al hombre, para que ame la verdad y la guarde como se aman y se guardan siempre los frutos del trabajo. Angustias, dolores, dudas, desesperacion infinita, viene á ser el fatal tributo que paga la inteligencia á la verdad. Para alcanzarla necesitamos verter sobre la tierra esas lágrimas ardientes, hijas del dolor, esas lágrimas que son como la sangre de las heridas del alma. (Aplausos.) Y los defensores del cristianismo no podian eximirse de esta ley, y así en todos los instantes de la historia se levantaba á combatirlos el error, que viene á demostrar de nuevo que toda la historia humana está fundada sobre el principio de la contradiccion, porque la historia es el reflejo de la vida, y la vida es una lucha sin término.

Aun no habia dado sus primeros pasos el Cristianismo cuando ya se levantaban los ebionitas á negarle toda autoridad divina. Eran estos los dispersos de las primeras escuelas de cristianos judaizantes, que veian en Cristo un profeta, en San Pablo un apóstata, en la ley de Moisés la última revelacion, en el pueblo judío el eterno sacerdote, redilecto de Dios, en las esperanzas evangélicas el dominio de un día, un reino amasado con el barro de la tierra. Estas grandes contradicciones, tan opuestas á la idea fundamental del cristianismo, servian para que la Iglesia mostrase en Cristo el Verbo, la eterna palabra que fecundó la nada y que cayendo sobre el espíritu del antiguo mundo corroido por el vicio, lo creaba de nuevo, y le prometia una vida perenne, infinita, una vida que rebozada en los límites de esta estrecha tierra, y que se levantaba á la eternidad como la palabra divina que

la habia bendecido y santificado. Aun no era olvidado este conjuro del pueblo judío vencido al cristianismo vencedor, cuando súbito oye el conjuro del Oriente que se llama gnosticismo. Esta escuela llena del espíritu asiático, atormentada por el problema del origen del mal, ora levanta á Satanás en su trono de llamas á la altura de Dios; ora niega que el puro espíritu de Cristo pudiese descender hasta la miserable condicion humana incapaz de contenerlo; ora maldice la materia no viendo en ella mas que la degeneracion de Dios, el límite último de la vida, el pálido resplandor del sér, como el reflejo lejano de la luz que penetra en una caverna. Contra tal escuela que llena todo el siglo segundo, el cristianismo establece la humanidad de Cristo, la libertad del hombre, la materia como obra tambien de Dios. Vienen á su vez en pos de los gnósticos los montanistas, que arrobados en éxtasis celeste, disgustados de la vida presente, ansiosos de la perfeccion absoluta, perdidos en un misticismo de suyo soñador; no pueden creer que el Evangelio sea la última palabra de Dios, y esperan que así como el Hijo confirmó la revelacion del Padre, el Espíritu Santo confirme la revelacion del Hijo, y estienda sus alas de luz sobre la tierra, pobre nido del espíritu humano, siempre necesitado para vivir del calor continuo y santificante de las revelaciones religiosas. Contra estos iluminados el cristianismo sostiene que su revelacion es definitiva y absoluta. Vienen despues los novacianos que no asienten á la rehabilitacion del criminal, ni al perdon de los pecados mortales. Contra ellos sostiene la Iglesia la misericordia divina. Al lado de estas dos sectas se levantaba el maniqueismo, otra reaccion hácia el Oriente, y sobre todo, hácia el dualismo persa. Dios y Satanás son dos seres igualmente poderosos, diferenciándose solo en que Dios tiene bajo su mano los angeles de la luz, y Satanás los angeles de las tinieblas, porque Dios es el bien y Satanás el mal; y el bien y el mal lucharon ántes que fuera el mundo sobre el abismo de la nada; y lucharon cuando la vida primera tejia las formas de todas las cosas estendiéndolas en la inmensidad de la creacion, y lucharon cuando nació el hombre primero en la cuna del Paraiso asistido de cinco elementos puros, y lucharon en la cima del Calvario cuando Cristo entregó su espíritu; y esta lucha en que el mal ha vencido al bien, como lo prueban Adán perdido, Cristo muerto, lucha gigantesca, solo acabará cuando la revelacion eterna envíe el Espíritu Santo, el último salvador, que con su espada de fuego dispersará los genios del mal como el rayo del sol dispersa las aves nocturnas, y recogiendo los coros de los angeles bue-

nos se elevará á Dios, que sin ninguna sombra, sin ninguna mancha estenderá su luz incomunicable por lo infinito, y con su fuego abrasará y evaporará la materia, principio del mal. Contra esta teoría la Iglesia proclamaba la unidad de Dios y su omnipotencia. Y despues de estos problemas que la Iglesia resolvía siempre, se levantaban los problemas referentes á la relacion del Hijo con el Padre, problema que se planteará por medio de la mas terrible y de la mas poderosa de todas las heregias, que será objeto de nuestras futuras lecciones. De esta suerte, pugnando siempre, y siempre venciendo el cristianismo se estenderá por la tierra y abrazará todo el espíritu.

Señores, cada una de las Iglesias que componian la universalidad del cristianismo, daba de sí defensores particulares, que con sus diversos caracteres é inclinaciones aumentaban la rica variedad de la idea total cristiana. De Jerusalem salian aquellos sacerdotes que conservaban las tradiciones religiosas antiguas y enlazaban la idea cristiana con la vida precedente; de Siria al lado de los gnósticos sus grandes enemigos incansables en el combate; de Alejandria los filósofos que acrisolaban la ciencia griega y la unian á la idea cristiana; de Grecia los oradores que destilaban de sus labios la miel de la nueva elocuencia; de Egipto los ascetas que refugiados en los desiertos, despertaban el puro y sublime espiritualismo, único remedio á la grosera sensualidad pagana; del Africa occidental los guerreros incansables, ardiertes, que armados de sus poderosos argumentos como de otras tantas flechas, tomaban por asalto la Roma pagana, la maldita Babilonia apocalíptica; de Roma los grandes repúblicos, los políticos organizadores, los jurisconsultos, los que eran llamados á fundar el gobierno del mundo; y todos estos diversos misioneros, de tan opuesto origen de tan distintas inclinaciones, de carácter tan vario, se confundian por sus ideas en una creencia, por sus sentimientos en un mismo amor, y por sus esperanzas en el cielo. En verdad las instituciones que contribuian á este gran resultado moral, eran las escuelas. La de Alejandria especialmente estaba destinada á unir la antigua ciencia con la nueva idea, era la escuela filosófica del cristianismo; la de Cesarea estaba destinada al comento y á la interpretacion, era la escuela histórica, y á estas se unian las de Cartago, la de Roma, la de Antioquia que daban legiones de defensores á la fé. Y ¡cuánto, señores, cuánto habia adelantado la esplicacion del dogma! San Clemente, que es el gran fundador de la escuela cristiana alejandrina, no queria desunir aquella revelacion natural de la verdad por la ciencia, y aquella otra re-

velacion natural de la verdad por la fé; y perdiéndose en el seno de la antigua civilizacion donde vagaban las almas de los grandes filósofos, removía las apagadas cenizas del mundo destrozado, para encontrar algun calor de verdad, y demostrar así la eterna eficacia del Verbo en el espíritu y la naturaleza. Y encontró aquel calor de verdad que buscaba, y demostró que en toda la historia, en toda la vida, el espíritu humano, si crecía, crecía para recoger en su seno el cristianismo, como el árbol rompe la tierra que lo encubre, y se levanta buscando la luz que baja de los cielos. El cristianismo, pues, no era la idea solitaria y aislada que los judeo-cristianos querían separar del mundo y guardar en un solo templo; era la aspiracion de toda la historia, era el centro de gravedad de todas las inteligencias. Como decía el mas grande entre los padres alejandrinos, recoger las ideas de la filosofia era tanto como tomar el oro de los templos egipcios para fabricar los vasos del nuevo templo. En verdad precisaba no hacer de aquel oro la sustancia del cristianismo, sino la forma. Lo contrario era tanto como convertir en filosofia una religion. Esto fué, señores, el gran escollo de Orígenes, sí, este y la interpretacion alegórica que le llevó á olvidar el carácter práctico y el sentido moral del cristianismo. No es posible desconocerlo. Sí, podrán echársele en cara estas tendencias erróneas, pero cuando se considera que desde niño, como Jesus, comenzó Orígenes á discutir con los primeros maestros de la ciencia; que educado entre persecuciones vió morir á sus padres en el martirio y la miseria; que su vida fué una tribulacion continua, un sacrificio nunca interrumpido; que su grande alma, inquieta y tempestuosa, le llevaba al templo entre los sacerdotes, á la escuela entre los filósofos, al desierto entre los anacoretas, al circo entre los mártires; que sufrió las asechanzas de sus enemigos y las injusticias de sus amigos, la guerra en el propio hogar, y la guerra en la calle, en el campo, en la plaza; que Job de su idea, pasó todas las miserias, y apuró la hiel de todos los dolores humanos juntos; que la sed infinita de lo ideal siempre le aquejó, y el anhelo de su inteligencia le llevó á empaparse en la idea divina como la esponja en el mar, y su caridad á querer limpiar de toda mancha la tierra, y desear que no hubiera un dolor irremediable, ni una eterna lágrima en el fondo de la vida, y su esperanza á confiar que los cielos se abrieran de nuevo para enviar otro soplo creador de la eterna revelacion al abatido espíritu; cuando se le ve padecer, morir por toda humana dicha, andar por el mundo agobiado por el peso de su pensamiento, penetrar en la conciencia humana con la espada

de su idea y herirla y hacer brotar en ella la eterna aspiracion á lo divino y caer fatigado de trabajo en el martirio; se olvidan sus errores, las sombras que lo manchan, y solo se ve su luz que brillará eterna. mente en esos altos espacios que podemos llamar los cielos del espíritu, los cielos de la historia. (Estrepitosos y repetidos aplausos.) ¿Y no podía decirse que el error se respiraba en las ideas del siglo tercero incapaz aun de definir claramente en la conciencia humana el cristianismo? Tertuliano, el orador fogoso, el soldado incansable, siempre en la lucha, como si gustara de respirar el aire de los combates; aquel tribuno consagrado á perseguir, á acorrallar con las armas de su dialéctica á los enemigos del cristianismo; el que alentaba á los encarcelados pintándoles los horrores y las desgracias esparcidas por el mundo como un consuelo en los hierros; el que fortificaba á los mártires con las esperanzas infinitas en otra vida y amenazaba á los perseguidores con el fuego eterno; el que despreciaba toda cultura pagana por creerla corrupcion inevitable del espíritu; aquel hombre que usó en favor del cristianismo su dialéctica acerada, su elocuencia tempestuosa, su ironía, su sarcasmo, sus antítesis brillantes, con sus pasiones violentas como el huracan, todo el fuego de su tierra natural, todo el inmenso hervidero de odios de su raza, fué á dar tambien de grado ó fuerza, en la heregía montanista, en una especie de esperanza que viciaba la eficacia de las ideas cristianas y destrozaba su pura moral, lanzando el alma en exagerado idealismo, contrario á la realidad de la vida y á la virtud moral del cristianismo.

Pero el cristianismo no se mantenía solamente en la esfera de la especulacion religiosa, de la alta metafísica; siendo como era ademas de una ciencia, toda una vida, bajaba tambien á la organizacion de la sociedad que fundara. En esto se diferenciaba radicalmente de la filosofia pagana que daba fórmulas científicas, sin curarse de organizar la sociedad con estas fórmulas, como si fuesen vanas ó esdrújulas. El cristianismo tenia, aparte de su virtud religiosa, virtudes sociales que eran causa de su rápida propagacion por el mundo. Su fé, su ciencia, no se ocultaron á los ojos del vulgo, no, fueron patrimonio de todos los hombres. No fué su idea un principio metafísico, impalpable, etéreo, fué un principio moral, un principio social, tan por extremo fecundo, que abrazaba desde el pensamiento infinito de Dios hasta nuestra vida práctica de todos los días. Por eso estaba destinado á organizar una sociedad, la Iglesia; pero tan fuerte y poderosamente, que venciera al Imperio romano, y pasara entre los bárbaros que parecían destina-

dos á destroz ar la tierra bajo sus plantas, y flotara, como el arca de Noé en el diluvio de lágrimas y sangre que traían sobre este mundo las tempestades de la Edad media. La organizacion de la Iglesia debia ser, como hemos dicho ántes, la obra de Occidente, y en Occidente del virtuoso sacerdote que hemos nombrado, San Cipriano. Puede decirse que este elocuente jóven, convertido de las voluptuosidades de la orgía al santo amor del espíritu, llevaba en sí el genio de la organizacion y de la disciplina. Comprendiendo que la riqueza de la vida religiosa necesitaba diversidad de profesiones y ministerios, reguló gerárquicamente la Iglesia, para que pudiese arrostrar la lucha con el mundo. Era el pueblo en este plan del ardiente orador como un ejército apercebido siempre á la pelea. La relacion principal de la Iglesia con el mundo estribaba en la ardiente caridad de la Iglesia. Con su espíritu organizador, San Cipriano queria dar forma á esta caridad, á fin de que no se perdiera como un torrente que sale de madre. Las desgracias de los pobres y sus necesidades se hallaban previstas en este reglamento, que venia á dar leyes á la mas alta y eficaz de las virtudes de la Iglesia. Todo lo ordenaba de esta misma maravillosa suerte, todo. Un dia afeaba en los confesores su exceso de celo en no querer admitir en la Iglesia á los que habian caído en pecado, como si la Iglesia no fuese el reflejo de Dios, y Dios no fuese todo misericordioso. Otro dia se levantó al frente del Papa y se oponia á que borrara la ley de variedad en la vida de la Iglesia. Pero al mismo tiempo puede decirse que Cipriano es el gran fundador del gobierno de la Iglesia católica, cuya autoridad defiende en su libro inmortal de la Unidad de la Iglesia. Así, señores, cuando la Iglesia se levanta sobre las ruinas de la Roma pagana, cuando obliga á Alarico á custodiar sus santas ceremonias, cuando hace retroceder á Atila, cuando fuerza al bárbaro Sicambro á que doble la rodilla, y al godo á que reconozca su autoridad, cuando unge la frente de Carlo-Magno, cuando llega á aquel poder de Gregorio VII, de Inocencio III, poder que no ha tenido rival en el mundo, que no ha tenido semejante en la historia; en todas estas grandes ocasiones de su vida, la Iglesia debe ver levantarse la sombra augusta de este varon fuerte, cuya alta inteligencia le diera los primeros gérmenes de su fuerza, los primeros fundamentos de su poderío. Y este hombre tiene tanto poder, tanta virtud, porque ama sobre todo en el mundo el sacrificio, porque escita y mueve á un siglo entero al martirio; y las lágrimas y la sangre son siempre fecundas. Por fin, despues de haber luchado como bueno,

cayó herido por la persecucion. No quiso obedecer al César que le mandaba adorar los ídolos, y murió en la arena del Circo. De esta suerte aquellos hombres valerosísimos al mismo tiempo que difundian una idea; que organizaban una Iglesia, salvaban con el ejemplo de su vida y de su muerte los eternos derechos de la conciencia humana, los eternos principios de la libertad de nuestro espíritu. (Aplausos.)

Señores, esta gran época fundaba la ancha base de la historia moderna, fundaba la idea de Dios. La humanidad habia tomado por Dios la naturaleza, es decir, la humanidad libre habia tomado por Dios el fatalismo orgánico. En otro período histórico la humanidad se habia adorado á sí misma; Dios no era mas que la inmensa sombra proyectada por el hombre en lo infinito. Si un pueblo recibió la idea de Dios; ese pueblo no supo unir esa idea con otra no ménos fecunda, con la idea de la unidad del linaje humano. El Dios de los hebreos no tuvo mas que un templo, un ara y un pueblo. Y la idea de Dios que el cristianismo estendia por el mundo, estaba destinada á trasformar el espíritu y á dar un nuevo principio á la civilizacion universal, pero un principio imperecedero, que debia ser como su espíritu y su vida. Señores: grande época es verdaderamente esta en que la idea de Dios se levanta como el nuevo sol del mundo moral en los espacios infinitos de la conciencia humana. Esta idea de Dios, padre del hombre, presente siempre en el mundo y en el alma con la eficacia de su poder, daba unidad á la historia, unidad á la vida, y abría horizontes infinitos al progreso del espíritu.

Desde el momento en que el hombre sentia como una obligacion de su vida el acercarse en todas direcciones á Dios; verdad, bondad y bien, el hombre aspiraba á la plenitud de la vida. Todo su trabajo debia consistir en ahogar las contradicciones de su sér, y aproximarse en virtud de sus ideas y de sus obras á Dios, para iluminarse y enojecerse en su vida y bafiarse sin romper el límite que separa á la criatura del creador en el piélago infinito de la eterna esencia. La idea de Dios lo anima todo; la ciencia dándole unidad; el arte abriéndole lo infinito como la única morada donde puede habitar su inspiracion; la moral fundándola en leyes eternas é imperecederas y en la idea de la justicia absoluta; la vida prometiéndole una exaltacion y transfiguracion sobre humana mas allá del sepulcro; las fuerzas todas de nuestro sér asegurándoles que no se perderán nunca cuando se encaminen al bien, porque las auxiliará la accion divina que se ejerce sobre el mundo y sobre la historia; y así en esta edad que trae tan santa y tan nueva

idea, en la cual se ilumina la creacion, se vivifica el espíritu, se agrandan todas las esperanzas humanas, esta edad debe ser saludada como se saluda un templo que abandonamos con religioso respeto, saliendo de ella recogidos austeros, con la esperanza en el corazon, con la oracion en los labios, bendiciendo á Dios que llena con su luz toda la vida.—He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

LOS PERSEGUIDORES

Y LOS PERSEGUIDOS.

LECCION SESTA.

SEÑORES:

Después de haber en dos noches consecutivas tendido nuestra vista por las altas regiones de la metafísica y de la religion, tócanos en esta noche descender y entrar de nuevo en las espesas sombras de la realidad, y contemplar el espectáculo de un mundo que se arruina. ¡Cuánta luz en la esfera de las ideas, y cuántas tinieblas en la esfera de los hechos! ¡Qué grandes y misteriosas armonías reinan en la alta metafísica cristiana, y qué desconcierto reina en el imperio! ¡Qué pura y suavemente respirábamos allí, lejos del mundo, contemplando la luz increada, sintiendo difundirse por nuestras venas el aliento de una esperanza infinita que renovaba nuestra sangre; y cuán difícilmente respiraremos en esta serie de iniquidades y de crímenes, viendo como se descompone el cadáver de una civilización que fuera un día asombro de la tierra! Pero así como la ponen, se desorganizan unas civilizaciones para abrir paso á otras civilizaciones, y de esta suerte se cumple la ley misteriosa del progreso. Los privilegiados del antiguo mundo, los Césares, los patricios, los soldados, todas aquellas gentes que vivían ociosas en el trono de la tierra, regalándose con los frutos del